

los comunistas permanecían estables, en la derecha se ha producido un movimiento sintomático: un progreso de los candidatos favorecidos por el Presidente Giscard, un retroceso visible del grupo de Jacques Chirac. Es probable que en el pequeño movimiento ministerial que tendrá que hacer Giscard con Barre para cubrir el puesto de Simone Weil —elegida para el Parlamento de Estrasburgo, como cabeza de lista de los giscardianos, tendrá que dimitir del Gabinete— se note ya esta nueva seguridad del grupo presidencial-gubernamental.

En Gran Bretaña el Partido Conservador ha confirmado, y probablemente superado, los resultados de las elecciones recientes: los laboristas se han venido abajo. Como en Italia, donde se confirma la mayoría de la Democracia Cristiana. El resultado de Alemania Federal es importante, porque indica un progreso considerable de la CDU —los cristianos demócratas, derechas, en la oposición— frente a la socialdemocracia gobernante. Con los datos anteriores —como la elección del nuevo Presidente federal, o como algunas elecciones parciales— hay indicios

muy visibles de que las próximas elecciones generales pueden ser catastróficas para el partido gobernante. Un ascenso de una derecha tan manifiesta y tan combativa como es la alemana, enardecida en tantos años de una oposición que su orgullo ha llevado muy mal, puede ser muy importante en toda Europa y también en las relaciones con la Unión Soviética.

En Luxemburgo las elecciones europeas se han celebrado al mismo tiempo que las legislativas, y el resultado ha sido duro para el poder: ha caído el Gobierno de Gaston Thorn. Es otro éxito de la derecha.

Este cuadro europeo, unido a la tendencia de la derecha de países que no pertenecen a la Comunidad o que no han sido llamados a votar, como Portugal, España o Grecia, dibujan un cuadro continental bastante explícito. Estamos en una era en la que el centro-derecha, o simplemente la derecha, va ocupando todos los poderes, favorecida por las votaciones populares en cada país. Algo que la izquierda debe tener muy en cuenta para su remodelación, para la concreción de sus ideologías, para sus tácticas políticas. ■



El canciller Schmidt y su esposa depositan sus votos. En la RFA triunfaron los cristianodemócratas.



El dictador Somoza, en uniforme de campaña.

## EL DILEMA DE NICARAGUA

**N**O es probable que Nicaragua se convierta en un segundo Irán, pero todas las condiciones objetivas se están repitiendo. La vieja dictadura sangrienta de la familia Somoza y la oligarquía organizada en torno suyo han radicalizado hasta tal punto la lucha armada y la represión, que bien puede suceder que los elementos más duros de la guerrilla terminen por predominar sobre un conglomerado de fuerzas democráticas que aún no pretenden más que establecer un régimen que no sea combatido por Washington.

La decisión de Carter desde que tomó la Presidencia era amparar su doctrina de "derechos humanos" —básica en su filosofía política— en una serie de acciones o de omisiones que fuera desterrando la imagen del tirano o del dictador en la parte del mundo donde ejerce su influencia, y sustituiría por regímenes de una democracia segura o controlada que no fuera negativa para Washington. El origen de esta actitud es la creencia de que las tiranías terminan por engendrar la revolución, y que esa revolución ya no se puede controlar: como en Cuba o, años más tarde, en Vietnam. No es una tesis propia: era ya de Kennedy, que no la pudo terminar. La misma muerte de Kennedy explica suficientemente la oposición que suscita en los medios más conservadores esta actitud, que consideran un riesgo. El caso de Irán se está utilizando en los dos sentidos: para el grupo Carter, si se hubiera terminado a tiempo con la tiranía del Sha, hubiese sido posible una democracia occidentalista; para el grupo adverso, la falta de energía en la defensa del Sha ha producido la revolución antioccidental.

La polémica se aplica a otras partes del mundo. La doctrina Carter ha podido producir algunos cambios de régimen en Latinoamérica; el predominio de los partidarios de la fuerza mantiene, en cambio, algunas dictaduras. La indecisión produce la guerra civil de Nicaragua, o la situación de El Salvador. La tiranía de Somoza aumenta su presión y su represión, enardece la lucha armada, fanatiza a quienes todavía la mantienen: incluso el ejemplo de Irán sirve para mostrar a las fuerzas de la oligarquía —y de una manera concreta al Ejército— que luchan concretamente por su supervivencia. Y esta respuesta brutal inclina a su vez a la oposición a luchar igualmente por su supervivencia y a llevar sus puntos de vista a todos los extremos revolucionarios.

Así se ha llegado a una situación de guerra civil. La mayor parte de los pronósticos coinciden en señalar que Somoza, a pesar de su último esfuerzo de ofensiva, está librando su última batalla. El abandono por parte de los países democráticos de Latinoamérica y, sobre todo, por parte de la Administración Carter y la capacidad de resistencia de los sandinistas hacen pensar que tiene el tiempo contado.

Pero no se sabe cuál es la situación de recambio que permitiría una ayuda eficaz de Estados Unidos y de los países demócratas. Lo que se intenta es la formación de un Gobierno que reúna momentáneamente a todos los partidos opuestos a la dictadura. Un Gobierno de transición. Pero difícilmente podrá subsistir, después, si no limpia definitivamente los residuos somocistas —que hubieran podido permanecer y tener peso político si la caída de Somoza hubiese sido incruenta— y si no responde de alguna manera a las necesidades de un pueblo que al llevar la cuestión al extremo de la guerra civil no puede ya conformarse con procesos lentos. ■